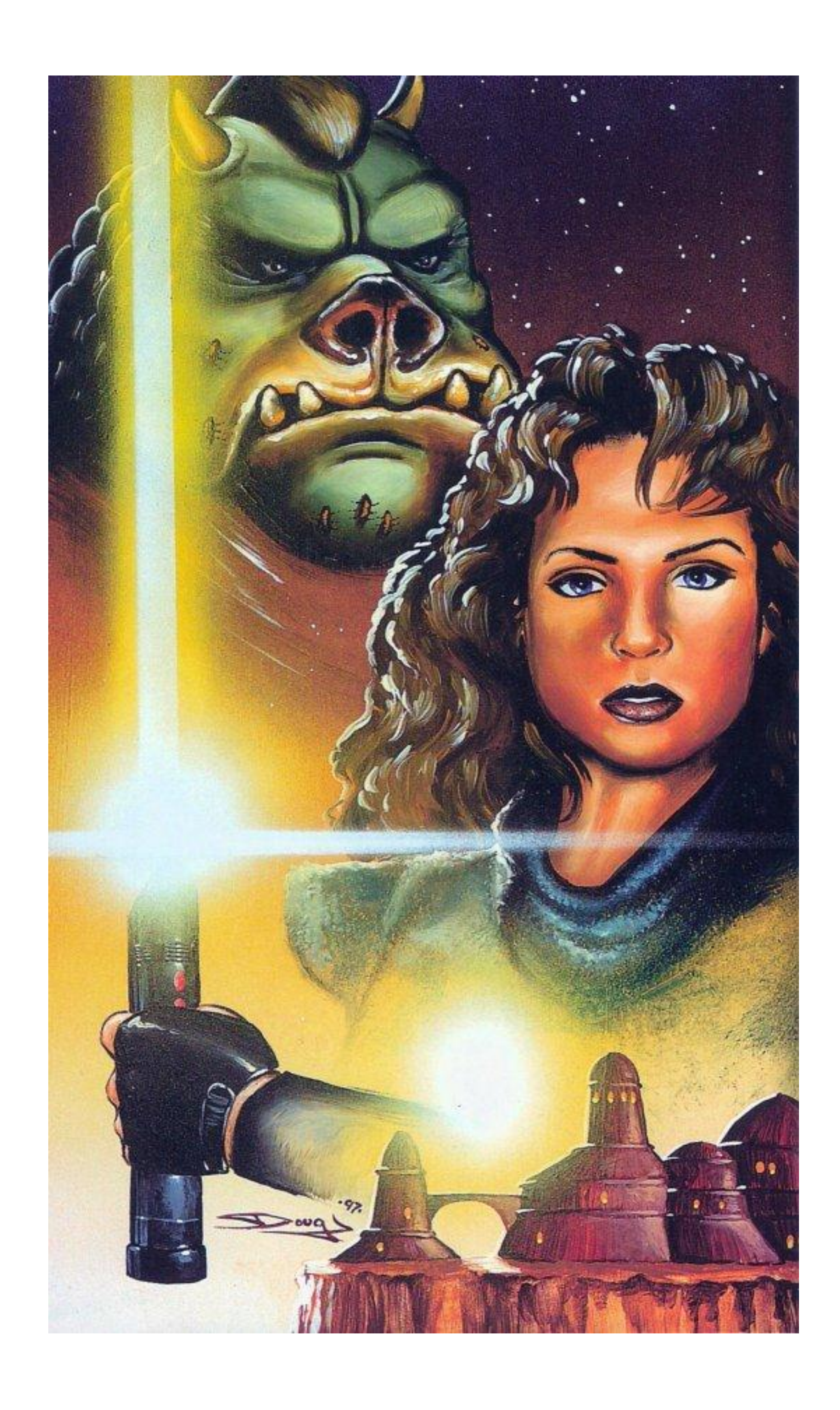

Doug '97

Callista Ming es parte de la tripulación del *Zicreex*, varada en Gamorr durante la temporada de deshielo. Un miembro gamorreano de la tripulación, Guth, es acusado de asesinato, y el resto de ellos son culpables por asociación y tomados prisioneros por un hostil señor de la guerra. Callista consigue convencer a la esposa de Vrokk, la víctima, que le permita investigar el asesinato.



Asesinato en el deshielo

Barbara Hambly

Versión 1.0

01.10.13



Título original: *Murder in Slushtime*

Autora: Barbara Hambly

Ilustraciones: Doug Shuler

Publicado originalmente en *Star Wars Adventure Journal 14,* y republicado en *Hyperspace*

Publicación del original: agosto 1997

13 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: Bodo-Baas

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Había lugares en la galaxia más deprimentes que el planeta Gamorr en época de deshielo. Callista Ming había estado en algunos de ellos.

Kirdo III en verano, con la temperatura del aire por encima de los cuarenta grados y nada que hacer entre tormentas de arena de 400 kilómetros a la hora que observar cómo los habitantes de las dunas esperan que las babosas repten directamente a sus bocas.

La luna-basurero de Shesharile VI cuando el primer calor de la primavera activa las bacterias en los vertederos subterráneos.

Kessel, en cualquier época.

Pero Gamorr en el deshielo les seguía de cerca.

—¿Aún no ha dado un respiro el tiempo? —Callista descendió tres cuartas partes de la escalera metálica que comunicaba con la cubierta superior del carguero *Zicreex*, y luego saltó con ligereza sobre el pasamanos, dejándose caer el metro y medio restante a la cubierta metálica.

Jos, el ingeniero de la nave y el único otro humano de la tripulación, salió a medias de debajo de la consola donde estaba raspando copos del hongo de color purulento que había crecido allí de la noche a la mañana.

—No.

—¿Y no hay noticias de Guth? —Callista arrojó a la silla del capitán el paquete envuelto en plasteno que contenía las diversas formaciones de hongos que había arrancado de las paredes de su cubículo. La capitana Ugmush había dicho que esa noche prepararía fug para cenar, aprovechando su presencia en su planeta natal. No había nada, decía, como el moho de casa.

—No —dijo Jos de nuevo, y siguió raspando. Cuando Callista comenzó a viajar en el *Zicreex*, había pensado que la impenetrable melancolía de Jos se debía al hecho de ser un esclavo en un carguero poseído y gobernado por gamorreanos… suficiente para deprimir a cualquiera. Sin embargo, después de seis meses había llegado a la conclusión de que el fibroso ingeniero con cicatrices en la cara habría estado taciturno aunque hubiera sido el independiente potentado del mejor dotado y más entusiastamente poblado Planeta del Placer de los Sistemas Púrpuras. Ella albergaba la intención de encontrar algún modo de liberarlo antes de separarse de la nave, pero dudaba que eso supusiera una gran diferencia.

Cuando Callista caminó hacia la esclusa abierta para observar la húmeda vista de la nieve derritiéndose lentamente entre el *Zicreex* y los muros del pequeño asentamiento de clan de Nudskutch, Jos añadió:

—El clima debería despejarse definitivamente en una semana más o menos. La Feria de Bolgoink comienza mañana; la más importante en Jugsmuk es la semana que viene, con comerciantes que vienen de todos los lugares de esta parte del continente. Deberíamos habernos reaprovisionado y marchado en diez días.

No sonaba particularmente entusiasmado, ni por el comienzo de la época de ferias en el planeta o por la perspectiva de marcharse. Callista fue a la puerta exterior y apoyó el hombro en la jamba, dejando que el turbio viento le apartara del rostro el cabello castaño

claro, largo y alborotado. Alrededor del *Zicreex*, el campo de aterrizaje improvisado estaba vacío e inundado en gran parte. A pesar de lo poco atractivo que resultaba, Gamorr durante el deshielo era preferible a permanecer prisionera en el ordenador de artillería de un acorazado imperial abandonado, una consciencia incorpórea deteriorándose lentamente en algo menos que un fantasma. La libertad le había costado a Callista su capacidad de usar la Fuerza; el núcleo mismo de su identidad como Caballero Jedi. También le había costado otras cosas.

Pero pese a todo, pensó mientras tocaba el sable de luz que colgaba de su cinturón, era muy bueno ser libre.

La capitana Ugmush apareció desde el bosque, con un inmenso saco de hongos a la espalda, y dos de los tres verracos que componían la tripulación gamorreana del carguero trotaban dócilmente detrás. El tercero, el marido de Ugmush, iba más atrás, pastoreando pacientemente a un grupo de snoruuk en dirección a la rampa de la nave, una tarea que podría tomarle el resto de la tarde. Ugmush, una cerda de mediana edad resplandeciente con sus ojos maquillados según el llamativo estilo de fuera del planeta y sus anillos de diamantes en la nariz, subió la rampa con firmes zancadas. Su largo cabello estaba teñido de rosa brillante y podían verse media docena de morrts —el parásito gamorreano que infestaba el *Zicreex*— colgando de sus brazos, cuello y pecho carentes de pelo.

—Estofado esta noche —informó a Callista, y se volvió para apartar el tentáculo de moho que había reptado fuera del saco y estaba tratando de agarrarla por el cuello—. Enseñarte hacer estofado. —Debido a la dificultad que los gamorreanos tenían para pronunciar el básico, Ugmush llevaba un transliterador alrededor del cuello, que producía una traducción mayormente acertada de sus palabras con la melosa voz gutural de la estrella de holovídeos Amber Jevanche.

Empujó a Callista en las costillas.

—*V'lch* delgaducha —añadió con reprobación; el transliterador dudó al no poder encontrar una traducción de la palabra para denominar a una cerda soltera—. No encontrar marido, toda delgaducha. Morrts no poder vivir en delgaducha. Alimentarte. Hacerte…

El transliterador volvió a fallar para encontrar la palabra adecuada en básico, y luego emitió un pequeño tintineo. Ugmush flexionó sus bíceps y pectorales para demostrarle.

—*Gweek.* ¿Sabes *gweek*? —Se quitó del pelo uno de los pequeños parásitos grises del tamaño de un pulgar y se lo colocó en el hombro donde podría alimentarse mejor. Su carne pálida y amarillenta estaba moteada con las cicatrices de sus mordiscos.

—*Gweek*. Buen marido; dos verracos; nueve morrts. —Se golpeó el pecho con aire orgulloso—. *Gweek*.

—*Gweek* —repitió Callista con gravedad. Durante sus viajes en el *Zicreex* Callista había aprendido mucho gamorreano, una lengua imposible de dominar para nadie con la más ligera pretensión de dignidad.

—Próxima semana, feria en Jugsmuk, compramos comida. —Ugmush agarró un puñado de hongos que trataba de escapar de su saco y lo volvió a meter dentro.

Uno de los verracos —miembros inferiores de la tripulación— que había subido la rampa siguiendo la estela de Ugmush, frunció el ceño ante la palabra Jugsmuk e indicó, en gamorreano:

[Feria en Bolgoink mañana.] Con los ojos visiblemente brillantes, añadió: [Ver Guth luchar en torneo]

Ugmush se giró con un aullido salvaje y le pegó un bofetón con una mano que lo lanzó hacia atrás, golpeándose contra la pared. Lo que le dijo fue a un volumen y una velocidad tal que resultó incomprensible para Callista, que sólo podía entender gamorreano si se hablaba lentamente y bien pronunciado, pero pudo distinguir el nombre del asentamiento del clan Bolgoink y un montón de adjetivos enfáticos y negativos antes de que la capitana subiera furiosa la escalera de metal hacia las partes superiores de la nave.

El verraco se puso en pie, frotándose la mandíbula sangrante con una expresión que era más ansiedad agraviada que Rabia. Miró a Callista en busca de explicación:

[Guth hermano de Ugmush], dijo. [Guth uno de tripulación. ¿Por qué no ver lucha?]

Callista respondió en silencio, para sí misma, en básico.

—Porque ella sabe que él va a morir.

De fuera les llegó una serie de furiosos chillidos y aullidos. Callista se volvió, saliendo disparada a la puerta de la esclusa, con los dos verracos apiñándose detrás y asomándose de un modo que no habría podido cerrar la puerta aunque hubiera querido. Al otro lado del campo de aterrizaje vacío y empapado, corría un jabalí con grandes movimientos de sus brazos y rodillas, provocando holocaustos de espuma a su alrededor al levantar el agua de los charcos que le llegaba a la altura de la pantorrilla.

—¡Guth! —gritó Callista al reconocerlo, y los verracos, al ver al hermano menor de su capitana siendo perseguido muy de cerca por al menos una docena de jabalís armados, emitieron estridentes gruñidos de deleite, tomaron sus armas, y bajaron corriendo la rampa para salir en su ayuda. Un momento después Ugmush llegó corriendo, con un bastón de guerra en una mano y un bláster en la otra, disparando mientras corría.

Como la mayoría de los gamorreanos, era una tiradora terriblemente mala. Brotaron pequeñas nubes y columnas de vapor cuando el plasma sobrecalentado impactó con el agua y el barro y Callista, con horribles visiones de un disparo perdido impactando en los intercambiadores de calor del *Zicreex*, también descendió la rampa. No hacía demasiado tiempo habían estado varados durante dos semanas en Travnin como resultado de los disparos de Ugmush, y no tenía intenciones de dejar que ocurriera de nuevo.



—¡URRJSH! —dijo Callista tan fuerte como le permitieron sus pulmones, gritando la palabra en gamorreano para *¡Parad!*, mientras adelantaba sin problemas a Ugmush y su tripulación. Desenganchó el sable de luz de su cinturón mientras corría y lo activó en un relámpago de frío brillo amarillo. Guth llegó hasta ella momentos antes de que los jabalíes que le perseguían pudieran alcanzarle; rebanó la cabeza metálica de dos alabardas y un bastón de guerra, y abrió una pequeña herida humeante en el brazo del jabalí en cabeza. Para su sorpresa, había visto gamorreanos cargando contra droides de combate zumbadores sin pararse en pensar en sus extremidades o su propia vida, detuvieron su ataque, y al instante siguiente se volvió y blandió su sable de luz ante Ugmush, que estaba a punto de lanzarse sobre los atacantes y comenzar de nuevo la refriega—. ¡Atrás!

Ugmush se detuvo derrapando con una gran lluvia de barro.

—¡Bajar eso! —Trató de pasar más allá de Callista, y Callista volvió a ponerse en su camino, con el sable de luz todavía alzado. Los jabalíes de la tripulación del *Zicreex*, chocaron entre sí y todos cayeron apilados detrás de Ugmush. Hicieron falta algunos minutos para que todo el mundo se calmase, mientras Guth permanecía cerca de Callista, jadeando y exhausto por su carrera.

[¿Qué es esto?], le preguntó en gamorreano. [¿Quiénes son estos? ¿Por qué has vuelto?]

[Necesitar ayuda], jadeó Guth, en un dificultoso gamorreano. [Vrokk. El torneo…]

[¿Luchaste contra Vrokk?] El joven jabalí no parecía haber participado en un combate contra el jabalí de clan y señor de la guerra más poderoso y temido en la parte sudeste del continente; ciertamente no en el combate a muerte al que los jabalís se enfrentaban

cuando uno desafiaba a otro por el derecho a casarse con una cerda matriarca de clan. [¿Ganaste a Kufbrug como esposa?]

Ugmush apartó a Callista a un lado para agarrar a su hermano en un abrazo capaz de triturar huesos. Durante un instante se frotaron los hocicos y se lamieron las caras a modo de saludo, y luego Ugmush preguntó:

[¿Vrokk muerto?]

[Vrokk muerto.] La voz de Guth era muy débil y había miedo en sus brillantes ojos azules. Señaló a los jabalís armados que le habían perseguido, algunos de los cuales portaban la insignia, como Callista podía ver ahora, de Rog, el señor de la guerra de Nudskutch, y otros con los tabardos de color azul oscuro del Clan de Bolgoink. [No lucha], dijo Guth. [Asesinato. Dicen que yo lo hice.]

***

De camino al Hogar de Bolgoink, Guth explicó tan bien como fue capaz la seriedad de la acusación.

[Batalla bien. Lucha apareamiento bien. Asesinato mal]



Tenía sentido, razonó Callista. Las luchas incesantes entre los jabalíes gamorreanos aseguraba que sólo los físicamente más fuertes se aparearían, siendo la proporción de nacimientos de machos y hembras aproximadamente de diez contra una. Asesinar era hacer trampa. El asesinato era la supervivencia del más taimado, no del más apto.

El único problema era que los jabalíes que le perseguían parecían estar bajo la impresión de que Ugmush y su tripulación también habían tenido algo que ver con el asesinato.

[¡Cerebro hueco comedor de jabón, yo estaba aquí!, había gritado Ugmush a su capitán. [¿Cómo he podido asesinar si estaba aquí?]

El jabalí rumió eso por un instante, profundamente confundido. Finalmente, dijo:

[Rog, hermano de Vrokk, dijo asesino de… de nave. Tú en nave. Todo el mundo en nave. Rog tendrá venganza, sobre Guth, sobre ti, sobre todo el mundo. Todos vosotros morir.]

El Hogar de Bolgoink se encontraba en el centro de unos vastos campos, bosques y pastos, una fortaleza amurallada y rodeada por un foso, con torres y hogares comunales de piedra de sillería, rodeada a su vez por un pueblo de tamaño considerable, amurallado igualmente en piedra. Fuera de las puertas, los comerciantes de otros clanes estaban preparando las tiendas para la Feria de Bolgoink, pero había un silencio intranquilo en el lugar, y mientras pasaban junto a los tenderetes y puestos a medio construir, Callista vio un buen número de cerdas volviendo a cargar sus bienes en vagonetas, carros y carretas, preparándose para trasladarse a Jugsmuk. Vrokk había sido un señor de la guerra de enorme poder. Muchos otros señores de la guerra estarían esperando a ver qué ocurría después de su muerte.

Los guardias del hogar los recibieron en las puertas de la fortaleza interior, liderados por un jabalí bastante delgado pero extremadamente lleno de cicatrices con un aro de oro en la oreja.

[Lugh. Segundo señor de la guerra.], susurró Guth a Callista. No se le escapaba a Callista que los ojos amarillos del jabalí con las cicatrices seguían a Guth con suspicacia y odio; se preguntaba si Lugh habría pensado en desafiar la fortaleza de Vrokk él mismo, en intentar ganar la mano de la matriarca Kufbrug.

Kufbrug, la matriarca del clan Bolgoink, los recibió en el vestíbulo de la torre redonda. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre un gran montón de cojines acolchados de color carmesí, mientras que los hijos que había dado a luz la primavera pasada corrían chillando y gruñendo por la sala bajo la supervisión de un jabalí veterano de aspecto estólido con una pata de madera y al que le faltaba un brazo. De haber estado de pie, Kufbrug habría superado el metro ochenta de estatura de Callista, y pesaría bastante más de doscientos kilos. Su cabello marrón verduzco colgaba en trenzas más allá de sus inmensas caderas, con cuentas verdes y doradas engarzadas; más cuentas brillaban débilmente sobre sus ocho enormes pechos. Más morrts de los que Callista había visto nunca en un único gamorreano se agarraban a sus bíceps, su cuello y su papada, chupando con deleite.

Una cerda *gweek* sin la menor duda.

Y aun así había algo fuera de lugar allí. El deshielo, las últimas semanas del duro invierno gamorreano, era, según sabía Callista, un tiempo de preparación para la siembra, un tiempo de preparar los jabalís para el entrenamiento de primavera, un tiempo de ajetreo y limpiezas primaverales, de recoger los hongos que eran tan abundantes en esas húmedas semanas, de preparar los encurtidos, tejer y afilar herramientas. La energía que era la principal característica de Ugmush, el sello de las cerdas gamorreanas, estaba ausente de esta matriarca gigante. Cuando Kufbrug alzó sus curiosamente largas pestañas y miró fijamente los ojos de Guth por encima de las alabardas cruzadas de los guardias, sólo había muerte, un infinito y triste cansancio, en los brillantes ojos amarillos.

En los cojines junto a ella estaba sentada su hija Gundruk, matriarca del hogar, mucho más pequeño, de Nudskutch, y al otro lado de Gundruk, gigantesco y oscuro y terrible, estaba Rog, el hermano de Vrokk y marido de Gundruk, señor de la guerra de Nudskutch.

Fue Rog quien habló, alzando una pesada mano provista de garras a Callista, y a Jos el ingeniero que permanecía, todavía encadenado, entre Ugmush y sus verracos.

—*Muh* —exclamó (*extranjeros*), y se volvió hacia Gundruk, hacia Kufbrug, hacia las tres cerdas sabias sentadas en silencio al fondo, las guardianas de las leyes del hogar del clan.

[¿Qué más prueba necesitáis de que Guth usó veneno extranjero para matar a mi hermano? ¡Mirad a su hermana, capitana de una nave extranjera! ¡Mirad cómo hay extranjeros en el clan de su hermana!]

Ugmush se lanzó contra Rog, lanzando invectivas. —«Apestoso Sith comedor de barro, ¿cómo te atreves…?», aulló la voz de Amber Jevanche por el transliterador—, respaldada por su marido y sus dos verracos sin importarles el hecho de que todos estaban encadenados y ninguno llevaba armas. Callista, que se había negado a entregar su sable de luz o a permitir que la encadenasen, tanto para el viaje como para la audiencia, simplemente se apartó de su camino. Aunque sentía una punzada de lealtad hacia sus compañeros de tripulación —especialmente el pobre Jos, que estaba encadenado entre los dos verracos y que, sin comerlo ni beberlo, era llevado en volandas a la pelea—, lo reflejó de una forma que haría que las cosas fueran más fáciles si estuvieran fuera de la sala.

Cuando los prisioneros fueron conducidos fuera y la sala se tranquilizó de nuevo, Callista bajó su sable de luz y avanzó hacia el estrado, alta, delgada y con un aspecto ligeramente extraño entre los rechonchos y porcinos gamorreanos.



[Los extranjeros con sus naves acuden a Gamorr en todo momento], dijo, tratando de ser razonable. [Muchos extranjeros viven en la Estación Jugsmuk. ¿Los extranjeros odian a Vrokk por otros motivos?]

Rog miró a Gundruk buscando ayuda para esa pregunta. Los guardias se rascaron la cabeza ante tan complicada sofistería y miraron suspicazmente a Callista. Kufbrug sólo acarició los morrts que se le agarraban a los brazos y se quedó mirando sin interés las frías sombras de la sala.

[Guth no quería luchar. Vrokk era fuerte.] Gundruk se puso en pie, más pequeña de Kufbrug… más joven, más oscura, y menos *gweek*. [Mató al último

marido de mi madre en desafío de torneo, y su fortaleza era muy renombrada. Guth sabía no podría ganar.] Sacó del pecho de su túnica bordada un trozo de pergamino doblado y arrugado. [Vrokk tenía esto en la mano cuando fue encontrado, yaciendo en su habitación como sangre en el hocico y la boca.]

Callista lo desplegó. Grandes runas negras trazaban un par de líneas.

[No me reuniré contigo en la feria del torneo, como dos verracos peleándose por un champiñón], leyó Gundruk, siguiendo las runas con su pesada uña curvada. *[Tampoco la hora señalada es de mi agrado. Reúnete conmigo más bien en los terrenos elevados tras los pastos de snoruuk al alzarse el sol. Trae contigo tantos guardias como quieras. No te tengo miedo. Guth.]* Golpeó la firma, luego el sello, una pesada gota de cera azul oscura, quebrado donde Vrokk lo había roto para desplegar la carta. [¿Lo veis? El veneno extranjero estaba aquí, bajo el sello. Voló hasta su nariz y le destruyó el cerebro.]

Callista dio vueltas al pergamino en sus manos. El frágil cuero curado bajo el sello mostraba, en efecto, una mancha de color marrón verduzco, y cuando dio la vuelta a las mitades rotas del sello propiamente dicho, pudo ver que estaban ligeramente ahuecadas, como si la cera caliente hubiera goteado sobre algo que estaba debajo. Encajó el dedo pulgar en el hueco, cerró los ojos, vació sus pensamientos, y respiró profundamente.

Tanteando la Fuerza con su mente, como su maestro le había mostrado hacía ya tanto tiempo. Hace mucho tiempo, en otro cuerpo, lo habría hecho con facilidad.

Pero todo lo que sentía era un profundo mal, y el pensamiento recurrente de que, después de todo, cualquier cosa que hiciera a estos seres feos y sucios estaría justificada, porque habían osado levantar la mano contra ella y aquellos bajo su protección. Después de todo, ellos habían hecho el mal antes.

Callista apartó el pensamiento de su mente. *Sí*, pensó. *Sí. La Jedi Perdida defendiendo a sus amigos con la Fuerza.*

Volvió a dar vueltas al pergamino en su mano.

[Cualquiera puede firmar el nombre de Guth], dijo.

Gundruk se volvió hacia su madre y le tendió la mano. Con gran cansancio, Kufbrug extrajo de la bolsa borlada de su cinto tres paquetes más de pergamino, gruesamente doblados, y sellados con cera azul como la nota había estado sellada. Gundruk se los ofreció a su vez a Callista.

[Poemas de amor], dijo. [¿Ves? Runas hechas mismo modo. Nombre escrito igual.] Sus pesados labios dejaron al descubierto sus colmillos con odio. [Guth.]

La de más edad entre las cerdas sabias se levantó y habló.

[Este Guth lleva varias estaciones enviando poemas a Lady Kufbrug. Vrokk hablaba de ello a menudo, con rabia. También es cierto, *V’lch Muh,*] —literalmente, Niña Extranjera— [que lady Gundruk, y Lugh, y otros del hogar han escuchado al espíritu de Vrokk vagando por la noche en la habitación en la que murió. Los espíritus sólo caminan si ha habido asesinato.]

Callista, que había estado examinando las marcas de diminutas burbujas en la cera, levantó de pronto la cabeza al escuchar eso, con un pánico recorriendo su cuerpo y que no tenía nada que ver con espíritus de almas asesinadas.

[¿La habitación está cerrada con llave?]



Las cerdas sabias intercambiaron una mirada. Fue Kufbrug quien habló, con voz profunda, lenta e infinitamente cansada.

[Sí, Niña Extranjera. La habitación está cerrada con llave.]

[Bien], dijo Callista, lenta y cautelosamente, temerosa de pronto de que lo que dijera no se malinterpretase. [Mantenedla cerrada. Que nadie entre. No hasta que yo vuelva. ¿Puedo llevarme esto conmigo?] Sostuvo en alto la nota.

Gundruk y Rog intercambiaron una mirada, extrañados —claramente, también contemplaban a Callista como una prisionera—, pero Kufbrug habló.

[Puedes, si eso va a ayudarte, Niña Extranjera.]

—Creo que lo hará.

Callista se inclinó en un rudo equivalente de la pleitesía gamorreana, aunque Kufbrug había vuelto a acariciar a los morrts, y se guardó el pergamino en el cinturón. Lo más interesante del documento era, por supuesto, el sello, pero lo segundo más importante era la firma de Guth. Por lo que Callista sabía, Guth, como la mayor parte de jabalíes, no sabía escribir.

***

Había casi un día de marcha hasta la Estación Jugsmuk, una miserable aglomeración de módulos prefabricados extraplanetarios, cubiertos de musgo e instalados alrededor de los muros de la fortaleza del clan Jugsmuk. Años atrás, la matriarca de Jugsmuk había ordenado a sus trabajadores que limpiaran y pavimentaran una buena pista de aterrizaje —buena para Gamorr, en cualquier caso— y, como resultado, la Feria de Jugsmuk era una de las más activas y más provechosas del continente de Wugguh. No sólo los jabalíes y los comerciantes de los clanes llegaban en primavera para intercambiar comestibles y armamento, para disputar luchas en torneos y concertar matrimonios, sino que los extranjeros de fuera del planeta llegaban también, trayendo productos completamente fuera del alcance de los escasos recursos del planeta.

No se recortaba ninguna nave en el cielo oscuro cuando Callista salió de los bosques, mojada y congelada por el aguanieve que había caído todo el día, pero Ugmush le había dicho que había cierto número de extranjeros que vivían permanentemente en la Estación. Aún falta una semana o así, pensó Callista; el caos atmosférico del invierno aún hacía difíciles los aterrizajes. El *Zicreex* había permanecido una semana en órbita antes de que un momento de calma temporal les permitiera aterrizar, y Guth había estado todo el tiempo presa del pánico por miedo a perder su oportunidad de desafiar a Vrokk en la Feria de Bolgoink. De hecho, la Feria de Jugsmuk estaba programada para comenzar cuando la atmósfera se despejase y llegase la primera de las naves de los comerciantes.

No le costó mucho a Callista encontrar al individuo que buscaba en Jugsmuk. Ya se imaginaba que no habría más de uno.

—Ugmush-Guth, sí —dijo Sebastin Onyx, sonriendo ligeramente mientras despejaba una maltrecha silla de cuero rojo para que Callista se sentase—. ¿Quieres que te prepare una tisana? Odio el deshielo. —Desvió la línea de potencia del sistema de música al hornillo de la cocina y colocó un pequeño cuenco de agua bajo el disco. El aguanieve que llevaba cayendo todo el día golpeaba implacable la amplia ventana de transpariacero de la habitación, emborronando la cada vez más oscura vista de la calle en el exterior. La habitación olía a productos anti-moho, a moho, y a pittins; al menos cinco de los pequeños carnívoros de suave pelaje dormitaban cerca de la estufa, el único modo, supuso Callista, de mantener a raya a los morrts—. ¿Eres amiga suya?

—Llevo seis meses con él como miembro de la tripulación del *Zicreex*.

—¿Y estáis en puerto? —Onyx midió la cantidad de hojas y hierbas en un colador y vertió cuidadosamente el agua a través de él—. ¿Desafió a Vrokk en la Feria de Bolgoink? Nunca he llegado a conocerle —añadió, con una rápida sonrisa—. Pero me hacía llamadas subespaciales cuando tenía los créditos para uno de mis poemas; y, francamente, le hice descuentos un par de veces… Tengo que ganarme la vida. —Señaló a la pequeña habitación a su alrededor.

Onyx era más joven de lo que Callista había esperado, un estudiante empobrecido en lugar de los borrachos arruinados que uno se encontraba frecuentemente en este particular



nicho de mercado. Probablemente era nacido en Coruscant o Alderaan, de menos estatura que ella, cabello claro, y un poco tímido, con sus grandes ojos azules y miopes parpadeando bajo los bordes de un par de lentes de aumento que se había levantado a la frente.

—Trabajo como enlace de protocolo la mayor parte del año, pero cuando todo se cierra en invierno, a veces es difícil llegar a fin de mes. Por suerte, el invierno es cuando los jabalís no pueden salir a luchar unos con otros, así que se quedan en casa calentitos y cómodos, realmente cómodos, y escriben canciones y poemas para sus cerdas. O, más bien, me contratan a *mí* para que escriba canciones y poemas.

—¿Canciones? —Callista se esforzó por asimilar manteniendo la compostura la idea de Rog, o Lugh con sus orejas de soplillo, cantando serenatas a la inmensa Kufbrug a la luz de la luna.

—Bueno —dijo Onyx con una sonrisa—, admito que no se puede hacer gran cosa en gamorreano. Una temporada hice lo mismo para algunos bith. Ese *sí* que es un lenguaje poco prometedor para expresar las tiernas pasiones.

Con tristeza, Callista dejó pasar la tentadora especulación de lenguajes menos aptos incluso que el bith. —¿Tendrían los defel poesía amatoria? ¿Y los givin?—, y preguntó:

—¿Vino algún cliente pidiéndote esta carta?

Se la mostró. Onyx asintió de inmediato.

—Sí, hace cinco días. Dijo que era un amigo de Guth. Guth me dijo que iba a desafiar a Vrokk, así que supuse… ¿Ha habido algún problema? —Parecía genuinamente preocupado.

—Más o menos. ¿Podrías reconocer al jabalí que vino a buscarla?

—No. Era de noche, para empezar, y ya que tengo que elegir entre iluminación y calefacción… —dijo, señalando la única y sobrecargada toma de energía—… generalmente uso lámparas de aceite o velas cuando oscurece. Además, llevaba una capucha sobre la cara.

—¿De qué color era la cera que usaste para sellarla?

—No la sellé —dijo Onys—. Normalmente sello las de Guth con azul. —Señaló la cesta de hojas de poltroop trenzadas sobre la mesa junto a la entrada, que contenía una

docena o más de palitos y bolas de cera de sellar—. Pero él dijo que no, que la sellaría luego.

Y la cosa más fácil del mundo, pensó Callista, *sería meterse en el bolsillo una bola de cera de esa cesta al salir.*

—Si alguien quisiera comprar un veneno, o alguna clase de criatura de fuera del planeta, una criatura peligrosa, como un reptador spor o una sovra, ¿dónde podría ir en la ciudad?

El rostro de Onyx se ensombreció.

—Hay dos o tres sitios —dijo—. Los contrabandistas transportan esas cosas por encargo, ¿sabes?

—Lo sé. —Así había sido treinta años atrás, incluso bajo la mano de hierro del Nuevo Orden de Palpatine, y de acuerdo con Han Solo la situación no había cambiado mucho. Siempre había quienes justificaban despreocupadamente los horribles riesgos de una infestación alienígena con frases como «la ley de la oferta y la demanda», «si yo no los traigo, habrá otro que lo haga» y «¿Qué pasa, crees que soy un aficionado? ¡Yo sé lo que hago!». Se habían derrumbado economías planetarias, destrozado civilizaciones, y miles de millones de seres racionales literalmente destruidos por algún contrabandista que había dicho, creyéndoselo de veras, «Oh, realmente son mucho más seguros de lo que parecen».

—Jabdo Garrink es uno —dijo Onyx—. Es un rodiano. Sinissima Bel, pero no ha parado por aquí desde el último verano. Gethnu Cheeve, un devaroniano. La atmósfera se despejó hace poco, como recordarás, así que tanto Garrink como Cheeve estaban en la ciudad cuando escribí esta nota. —No le había costado mucho, advirtió Callista, darse cuenta de que algo iba mal.

—¿Alguien de por aquí tiene un enzimero? —La mayor parte de los mercaderes interestelares los tenían, una precaución necesaria si uno iba a residir en un mundo alienígena, y más en un espaciopuerto con sustancias que llegaban constantemente de quién sabe dónde, posiblemente adulteradas con quién sabe qué. Onyx la condujo escaleras abajo, a ver al camarero del Número Irracional, un pequeño y dinámico bith que poseía no sólo un enzimero, sino también un programa de banco de registros que sólo estaba desactualizado menos de una década. Le dijo a Callista lo que necesitaba saber acerca de lo que había estado debajo de ese sello.

El conocimiento no le trajo ningún entusiasmo; sólo un enfermizo temor que permaneció con ella mientras hacía algunas compras en el sucio emporio de bienes interestelares de Jugsmuk. Era un temor que se posó en la almohada de su habitación alquilada como la sombra de una pesadilla en las horas oscuras, y la siguió durante el día de chapoteo por los fangos congelados que le llegaban a la rodilla, de regreso al Hogar Bolgoink.

***

Callista llegó a Bolgoink mucho después de haber oscurecido, medio congelada por los duros coletazos del clima invernal y exhausta por el esfuerzo de evitar que el pequeño equipo de dwoobs que había alquilado para llevar sus compras se escapara hacia los bosques. Ahora entendía por qué los gamorreanos normalmente siempre iban a todas partes caminando, y llevaban sus bultos en carretillas.

En el patio, descargó sus compras y comenzó a subir los grandes cubos metálicos por los escalones de piedra que conducían a la torre principal; uno de los veteranos de la casa salió de un barracón y la ayudó, algo que nunca se le hubiera ocurrido a uno de los verracos más agresivos y conscientes de su estado.

[¿Guth y Ugmush están bien?], preguntó.

El veterano asintió con un eructo.

[Rog no contento], dijo. [Rog dice lucha y mata Guth, lucha y mata Ugmush, lucha y mata tú, luego va casa.] Como a la mayor parte de los veteranos, le faltaban un par de extremidades, pero era sorprendentemente diestro con las que le quedaban. [¿Tú luchas Rog?]

[No si puedo evitarlo], dijo Callista. [¿La habitación de Vrokk sigue encantada?]

Cuando atravesaron el salón principal estaba teniendo lugar la cena, algo digno de verse si uno tenía un estómago fuerte y un peculiar sentido del humor. Dado que era absolutamente impensable que alguien comiera solo en un hogar gamorreano, Guth, Ugmush, la tripulación de Ugmush e incluso Jos estaban presentes, sólidamente encadenados al abrevadero entre los jabalís de menor importancia del hogar. Guth vio a Callista y la saludó educadamente, un gesto de gran auto-sacrificio considerando la ración de vituallas que esa pérdida de atención le costó: Callista se sintió profundamente conmovida y honrada.

[Sigue encantada], confirmó el veterano con otro eructo, mientras cargaban sus bultos por el pasillo de arriba hacia la habitación de la torre cuadrada que había ocupado Vrokk. [Ruidos por la noche muy fuertes, muy malos. Espíritu de Vrokk muy enfadado.]

Tiene motivos para estarlo, pensó Callista, sintiendo una súbita rabia ante cualquiera, no importa quién, que es privado de la alegría y de la luz de la vida.

Al instante siguiente se le subió el corazón a la garganta al ver una forma oscura y pesada de pie ante las gruesas láminas de roble de la puerta de la cámara.

—¡Fuera de ahí! —gritó, y luego añadió en gamorreano: [¡No entres!]

La inmensa cabeza se volvió. La débil luz de la antorcha de la escalera hizo brillar el pendiente de oro y la red de cicatrices.

[No tengo miedo de espíritus], gruñó Lugh. [Ni siquiera espíritu de Vrokk. Valiente. Fuerte. *Gweek*. Mira… siete morrts.] Mostró su brazo para demostrar cuántos parásitos podía soportar su cuerpo. [Este morrt, misma Kufbrug me dio.]

[*Gweek*], convino Callista. [Pero sigue sin ser bueno entrar en la habitación. Kufbrug lo ha dicho.]

Lugh refunfuñó para sí mismo y se alejó rápidamente por el pasillo. Callista se acercó más a la puerta y presionó el oído contra las tablas. Por un instante no vino ningún sonido

del interior. Luego, muy suavemente, escuchó un débil golpeteo seco, como hojas de plasteno o metal muy fino sacudiéndose en un leve viento. El sonido debería haber sido reconfortante —al menos seguía allí— excepto por la horrible impresión de *tamaño* que producía.

Callista envió al veterano a recoger el resto de sus compras y apilarlas en el pasillo junto a la puerta, pero ella permaneció allí, sentada en el suelo con la espalda contra las tablas, por el resto de la noche.

Cuando hubo amanecido por completo, desatrancó la puerta y entró. Lo primero que vio fue un cuenco, colocado en el suelo a un metro o así de la entrada, que contenía un residuo pegajoso que parecía ser sangre de un día de antigüedad. Por lo demás, la habitación estaba aparentemente como había estado cuatro mañanas atrás cuando miembros del hogar habían encontrado el cadáver de Vrokk. Amplias ventanas se abrían a ambos lados de la habitación, cubiertas con persianas y gruesas cortinas, como había observado que estaban todas las ventanas del Hogar durante la noche. Dejaban pasar una difusa luz diurna con una tonalidad marrón, y aunque Callista sabía que incluso esa tenue claridad hacía que la cámara encantada resultase perfectamente segura, se apresuró a abrir de par en par ambas cortinas y persianas.

No había pruebas que hablasen de lucha o estertores de muerte. Las armas de Vrokk —hacha de guerra, alabarda, y un surtido de cachiporras con pinchos— colgaban intactas de la pared. Las tiras y fragmentos de piel de dwoob que cubrían el suelo estaban un poco manchados de sangre, pero sin una sola arruga. Podría ser, pensó Callista, que el lugar hubiera sido ordenado después de que se retirase el cuerpo. Ciertamente, las grandes formaciones de hongos y moho tan comunes en el deshielo habían desaparecido casi por completo de las paredes. Cuando comprobó la lámpara de la mesa —un cuenco de aceite de semillas de poltroop con una mecha atravesando su tapa—, vio que estaba completamente vacía, con la tapa ahumada y un poco chamuscada donde la mecha se había consumido.

Introdujo los paquetes, y cerró la puerta tras ella. Desenvolvió lo que había comprado con todos sus ahorros de seis meses en el *Zicreex*: cuarenta y dos paneles cuadrados de un metro de lado de agrinio, el ligero recubrimiento de metal usado para reparar veleros solares; dos grandes rollos de cinta de agrinio; varias cajas de puntos adhesivos de cuádruple fuerza; y una jaula de observación forjada con gruesa malla metálica. Ensambló primero la jaula, instalándola en la esquina de la habitación más cercana a las ventanas. Usó el agrinio para recubrir cuidadosamente —paredes, suelo y techo— la esquina de la habitación que quedaba más enfrente de las ventanas, donde la luz solar de la mañana golpearía con más fuerza.

La sala era grande, fácilmente de diez metros de largo por casi siete de ancho.

Esto, pensó Callista, *no va a ser fácil.* Pero que ella supiera, era la única forma de obtener la información que necesitaba.

Respiró profundamente, tocó el sable de luz que colgaba de su cinturón para animarse, y salió de la habitación, cerrando la puerta tras ella. Luego se fue a buscar a Kufbrug.

La Matriarca de Clan de Bolgoink estaba tumbada en el salón principal de la torre, inmóvil en una pila de cojines cubiertos de musgo. Callista se detuvo en la entrada, desconcertada por la quietud de la matriarca. Incluso en la cena de la noche anterior se había limitado a quedarse ahí, observando sombríamente al resto de gente de la sala, cuando la mayoría de las viudas gamorreanas habrían puesto anuncios para buscar nuevo marido incluso antes de que se enfriase el cuerpo del anterior ocupante del cargo.



Pero Kufbrug sólo alzó su gran cabeza y miró a Callista por el espacio vacío de la cámara con ojos amarillos y malvados. Callista recordó que mañana sería el día en el que Rog se enfrentaría en combate contra Guth para vengar a su hermano. Y cuando Guth hubiera muerto —como ciertamente moriría, ya que Rog, al igual que había sido su hermano, era un jabalí enorme y poderoso—, todo el mundo podía imaginarse lo que pasaría con Callista, Ugmush, y el resto de la tripulación del *Zicreex*.

Tenía intención de hablar del combate, pero algo le hizo preguntar en su lugar:

[¿Se encuentra usted bien?]

Las oscuras fosas nasales temblaron.

[Nunca me encuentro bien en el deshielo.] Kufbrug bajó la mirada y acarició con grandes dedos suaves la pequeña espalda redonda del morrt que colgaba, bebiendo, de su brazo. [Los días son oscuros. Ni me he encontrado bien tampoco desde que Guth vino a desafiar a Vrokk por mi mano. Le dije que se fuera, que no serviría de nada. ¿Qué has encontrado en tu viaje, Niña Extranjera? ¿Qué ningún extranjero odiaba a Vrokk, porque él nunca interfirió en sus asuntos?

Callista negó con la cabeza, pero luego recordó que menear la cabeza no significaba nada para los gamorreanos e hizo el movimiento de barbilla con gruñido que significaba «No», algo que trajo una risita involuntaria a la cerda, y un repentino destello de animada vida a sus ojos muertos. Siguió hablando.

[Pero he descubierto el medio por el que mataron a Vrokk. No un veneno, sino una criatura alienígena congelada en un pedazo de hielo, hasta que el calor del lacre fundió el

hielo al tiempo que la dejaba encerrado. Cuando el sello fue roto, voló a las fosas nasales de Vrokk y lo mató.]

[Veneno o criatura alienígena, es el nombre de Guth el que está en la carta, firmado como él siempre firmaba], respondió sombríamente. [Rog no renunciará a su venganza.]

Callista se arrodilló en el suelo a su lado, tomó el pergamino del bolsillo de su chaleco, y escribió en el reverso las runas que significaban GUTH.

[¿Esto me convierte en Guth?]

Los dedos de Kufbrug se detuvieron sobre el morrt, y ella pensó en ello durante un instante, estudiando la firma. Por un momento, la luz de la comprensión brilló en los fríos ojos amarillos, reemplazada casi de inmediato por la desesperación.

[Rog no entenderá esto. ¿Quién escribiría el nombre de Guth salvo Guth? Rog vengará a su hermano.]

[La criatura sigue estando en la habitación donde se encontró a Vrokk], dijo Callista. Las cerdas gamorreanas eran infinitamente más listas que los jabalíes; era perfectamente posible que Rog no captara el concepto de la falsificación, sino que sólo repitiera obstinadamente que quería venganza. [Y puede conseguirse que la propia criatura puede nos diga quién envió en realidad la carta. Pero necesitaré su ayuda. ¿Querrá usted montar guardia conmigo en la habitación esta noche?]

Hubo un largo silencio, y la cerda pareció hundirse, casi físicamente, en la oscuridad de su quietud y su depresión. Luego, con un suspiro, emitió un largo eructo.

[Sí, Niña Extranjera. Montaré guardia.]

***

Entraron en la cámara una hora antes de la puesta del sol y cerraron la puerta con pestillo, bloqueándola desde el interior.

[Esta criatura, ¿hace daño a los morrts?], preguntó Kufbrug, acariciando uno de los quince o así que colgaban de su carne, y Callista sonrió y recordó mover la barbilla y gruñir.

[Usted estará en la jaula, para protegerse], dijo. [Todo lo que debe hacer es observar. No salga, porque la cosa es peligrosa: *kheilwar*, se llama. Una avispa-homúnculo del mundo oscuro de Af'El.]

[¿Y tú?] Kufbrug la observaba a través de la malla mientras Callista cerraba la jaula y le mostraba como usar el cerrojo.

[Alguien tiene que hacer que nos diga lo que sabe.]

Había traído un cuenco consigo, algo mayor que el cuenco de cerámica que había encontrado allí esa mañana, y lo había llenado con una solución de proteínas y azúcares, el análogo, supuso, de la improvisada sangre que habían dejado allí la noche anterior. Suponía que la sangre había contenido algún tipo de veneno, preparado por quien fuera que hubiese liberado al *kheilwar* en un intento de matarlo, pero había muy pocos venenos que funcionasen en una criatura semejante. Incluso el concentrado de mercurio en su

propia solución de proteínas apenas haría nada más que ralentizar al *kheilwar*. La habitación estaba llena de sustancias orgánicas que la cosa había estado comiendo todos esos días; esa mañana había advertido lo reducidas y masticadas que estaban las alfombras de piel de dwoob, y que se había comido la mayor parte de los mohos de las paredes.

Tomó la última de sus compras —tres lámparas— y las encendió, colocándolas en las esquinas de la habitación donde su luz no quedase bloqueada. Luego se sentó con la espalda contra la malla de la jaula, desenganchó su sable de luz de su cinturón, y se preparó para esperar.

[¿Qué haremos si tu *kheilwar* no nos dice lo que deseamos saber?

Alzó la mirada con sorpresa ante la pregunta que retumbó a su espalda. La mayoría de los gamorreanos lidian con la simple supervivencia, el simple apareamiento, la simple lucha. No se había esperado una pregunta acerca de contingencias. Incluso Ugmush, que era una de las cerdas más inteligentes, generalmente no pensaba las cosas con antelación.



[Lo hará], dijo Callista. [Si podemos obligarle a ir a esa esquina…] Señaló las secciones reflectoras de las paredes, donde el agrinio brillaba como ámbar fundido en la tenue luz del atardecer. […y lo mantenemos en esa esquina hasta que llegue el día.]

Después de un largo silencio, Kufbrug dijo:

[Pensé que tal vez Guth y yo huir.]

Callista volvió a mirarla, sorprendida, pero Kufbrug estaba acariciando a uno de sus morrts, con los ojos entornados, y no la vio.

[Dije a Guth, cuando vino a luchar Vrokk. Huimos, no le matan. Pero, entonces Rog y Gundruk gobernarían Bolgoink también. Eso no es bueno. Así que Guth dijo no, él lucharía.]

Kufbrug alzó los ojos.

[Vrokk odia Guth. Guth es bueno. Vrokk no era bueno. Guth…] Dudó, tratando de encontrar palabras para un concepto del que raramente se hablaba. [Yo soy *gweek*], dijo

después de un momento, y se tocó los morrts de los brazos, y señaló la torre que las rodeaba. [Todo esto… *gweek*. Maridos y verracos y campos e hijos… *gweek*. A veces… quiero *gweek*. *Gweek* para mí. Aún más en deshielo, en el frío y la oscuridad. Guth…] Se tocó con tristeza su inmenso pecho. [Él es *gweek* en su corazón. Si muere, si Rog le mata…]

Quedó un tiempo en silencio, con su gran mano con garras apoyada en la malla de la jaula y la mirada perdida en un futuro vacío. Callista se levantó y tocó los pesados dedos, con Luke Skywalker regresando a su memoria, como hacía a diario.

—Sí —dijo en voz baja—. Entiendo.

Un guijarro resonó en el otro lado de la cámara, fragmentos de mortero cayendo de una grieta. Callista se dio la vuelta, con el sable de luz zumbando al cobrar vida en su mano. Se le formó un nudo en la garganta por el horror y la impresión al ver aparecer al *kheilwar* reptando por las grietas del burdo muro de piedra.



Pesaría al menos veinte kilos. Gigantesco y plano, desplegó todas sus afiladas aletas, girándolas y flexionándolas a la fría luz blanca de la lámpara, que absorbía como muchas de las criaturas de Af'El, de modo que parecía ser nada más que planos de sombras que aparecían y se desvanecían. Callista pegó la espalda contra la malla de la jaula cuando la criatura saltó por el aire con increíble velocidad y aterrizó en el cuenco de proteínas envenenadas; escuchó el rechinante zumbido de su boca al aspirar y comer. Gracias a todos los dioses y las estrellas afortunadas y los ancestrales espíritus de la galaxia, pensó Callista, que habían pensado que la habitación estaba encantada y habían mantenido esa puerta cerrada toda la noche…

Se acercó a ella. De golpe, como un corte de edición en un holovídeo: calor, el olor de la sangre o el campo eléctrico de las células vivas, nadie sabía bien qué atraía a esa cosa sin ojos —nadie había sido capaz de estudiarlos muy de cerca—, pero Callista la esquivó, dio un paso a un lado, lanzó una estocada con su sable de luz, retrocedió…

Y supo que tenía una larga noche por delante.

Girando, saltando, una zumbante sierra giratoria de aletas y alas, el ser la siguió, y se las vio y se las deseó para mantenerlo alejada de ella, por no hablar de conducirlo al

brillante agrinio de la esquina que había preparado. Al menos no era tan pequeño como para metérsele volando en la nariz o en un ojo o una oreja o la boca, pensó; al menos era lo bastante grande para luchar. Pero su velocidad aumentaba con su tamaño, en lugar de disminuir; era como ser perseguida por toda la habitación por un remoto a turbovelocidad, y aunque le dolía incluso formar su nombre en su mente, Callista agradeció en silencio a Luke Skywalker el intenso rigor físico de su entrenamiento. Puede que ya no fuera capaz de tocar la Fuerza, pensó con tristeza, pero por lo menos movía los pies con rapidez.

Y el pensamiento le susurró: *Pero sí que puedes usar la Fuerza.*

Lanzó un tajo, una estocada y volvió a esquivar.

La Fuerza es rabia, al igual que es serenidad. Es odio, al igual que es esperanza.

El ser voló hacia su cara como si lo hubiera disparado un cañón de proyectiles, y entre el desgarrador borrón de alas vio sus bocas, sus negros y brillantes dientes cristalinos. Esa vez logró esquivarlo por los pelos, y la sangre comenzó a brotarle en el rostro y los brazos donde la había golpeado el remolino de aletas, y su largo cabello cayendo de su moño deshecho y mojándose en la sangre.

La Fuerza está en esa cosa, igual que está en ti. ¿Por qué limitarte?

Se lanzó hacia delante, lanzando tajos fría y limpiamente, sin odiar, sin sentir, sólo trabajando para conducir el ser hacia la cobertura de agrinio de la esquina. La criatura le esquivó, alejándose livianamente, y atacó, luego se desvaneció durante un desquiciante minuto sólo para aparecer detrás de ella, lanzándose desde debajo de la cama.

¿Por qué no usar el lado oscuro, si eso te salvaría? Tienes derecho a hacerlo.

Y en eso precisamente, pensó con amargura, se basa el lado oscuro.

Apartó la idea de su mente, planteándoselo como si fuera sólo una prueba para su habilidad, una prueba letal, pero física. El ser era grande, y era rápido, pensó, pero podría hacerlo… Si sus fuerzas y su aliento aguantaban hasta la mañana.

Entonces escuchó el golpe metálico de la puerta de la jaula, y vislumbró con el rabillo del ojo el movimiento de la gran y oscura silueta de Kufbrug. La mayoría de la gente piensa que los gamorreanos son torpes, pero eso es porque nunca habían visto a Ugmush en una pelea. Kufbrug se lanzó hacia el muro donde colgaban las armas de Vrokk y luego arremetió contra el *kheilwar* como doscientos kilos de trueno enfurecido, con una alabarda de doble hoja en cada mano, un poco como si ella misma fuera un *kheilwar* muy, *muy*, grande. Callista cayó de espaldas, jadeando, casi exhausta, mientras la cerda se ocupaba del horror giratorio, manteniéndolo lejos de Callista hasta que pudiera recuperar el aliento. Entonces Callista volvió a la carga, y entre las dos condujeron al ser a la esquina a base de sable de luz y alabardas.

Trató de escurrirse de nuevo por el miro, pero Callista había sido muy cuidadosa al sellar las grietas. Los paneles de agrinio eran tan resbaladizos que el *kheilwar* cayó al suelo, donde trató de correr por la base del muro hacia la seguridad. Callista lo contuvo por un lado, y luego Kufbrug por el otro.

Fue una larga —una extenuante e imposiblemente larga— noche. Las rodillas y las manos de Callista temblaban de cansancio y agotamiento por la concentración, y su cabello goteaba de sangre y sudor, cuando los primeros hilos de luz comenzaron a verse en la ventana. El veneno de mercurio finalmente estaba actuando en el sistema del *kheilwar*, o bien el esfuerzo de enfrentarse a dos oponentes le había pasado factura, en sus últimos cinco o seis ataques. Se quedó agazapado en su esquina brillante y reflectora, agitando sus aletas con púas, moviendo las antenas como si captase los cambios en el aire.

Y entonces, como le habían dicho a Callista que hacían los *kheilwars* —como defensa o como reclamo, los investigadores no estaban seguros—, cambió.

Un rodiano encorvado y de hocico verde apareció ante ellas. Jabdo Garrink, presumiblemente, el turbio importador que trajo el ser al planeta en primer lugar.

—Tenéis que dejarme salir de aquí —dijo, y comenzó a avanzar al borde de los escudos reflectores—. Tenéis que dejarme salir.

Kufbrug le hizo retroceder.

—¡Tenéis que dejarme salir! —Ya no era el rodiano, sino Vrokk, o un jabalí que Callista supuso que era Vrokk, gigantesco y negro con una franja blanca recorriéndole un costado de la cara. Se abalanzó hacia la esquina opuesta de la habitación, y Callista llegó a él de una zancada, blandiendo su sable de luz.

[¡Dejadme salir!] Vrokk, o el eco de Vrokk —el eco de cualquiera que el *kheilwar* hubiera visto, cualquiera que pudiera servir como engaño— se convirtió en Rog, solo que ligeramente más pequeño, con los ojos rojos y furiosos mientras corría hacia Kufbrug, y Kufbrug le asestó un tajo en la cara con su alabarda. [¡Dejadme salir!] Era el rostro y la voz de Gundruk quien gritaba las palabras. [¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir!]

Aún seguía gritando eso cuando la luz brilló en la ventana, con el espectro completo de los rayos del sol reflejándose en el agrinio, cegando y quemando los sensores del *kheilwar*, de modo que este zumbó y cayó al resbaladizo metal, indefenso. Callista dio un paso adelante y lo partió en dos con su sable de luz, y dio un paso atrás alejándose del espeso rastro de porquería marrón en el que se convirtió.

***

Rog y Gundruk huyeron del Hogar Bolgoink al día siguiente, en lugar de enfrentarse al desafío de Kufbrug para combatir en venganza del asesinato de su marido. Tras haber visto pelear a Kufbrug, Callista no les culpaba lo más mínimo por hacerlo. Ya que el desafío era legal, la pareja también abandonó sus posesiones de Nudskutch, que fueron tomadas por otra de las hijas de Kufbrug.



—Y supongo —dijo Callista a Jos y Sebastin, quienes habían sido invitados al banquete de bodas de Guth y Kufbrug— que tendrán que abandonar el planeta por completo en cuando comience de nuevo el comercio.

—Es una lástima que la rivalidad les haya llevado a esos extremos —dijo Jos.

Había sido encadenado al Alto Abrevadero —una posición de honor, para un esclavo— entre los otros dos extranjeros, pero Callista había hecho un duplicado de la llave y le soltó en cuanto pensó que Ugmush y sus maridos estaban demasiado borrachos para darse cuenta, lo que ocurrió en un plazo bastante breve. Guth, Ugmush y Kufbrug se estaban abrazando alegremente y embadurnándose unos a otros con hongos de pared especiados y crema de moho del Alto Abrevadero —un comportamiento perfectamente apropiado, y todos los demás del gigantesco comedor estaban haciendo más o menos lo mismo—, y cantando. Los gamorreanos son igual de vehementes en sus celebraciones de felicidad y amistad como lo son para la agresión.



Sebastin tomó un bol de moho del abrevadero. Él, Callista y Jos estaban lo bastante habituados a los modales en la mesa de los gamorreanos como para traer boles. Y también toallas.

—¿Pero qué esperaban ganar Rog y Gundruk?

—Gundruk —dijo Callista—. Rog era sólo su peón. Dudo que él supiera siquiera por qué ella le había enviado a recoger esa nota que hiciste, y a comprar el *kheilwar*. Sospeché de ella desde el principio; muy pocos jabalís habrían tenido el cerebro para tramar un asesinato. Todo lo que tuvo que hacer era asegurarse de que la carta le fuera entregada a Vrokk por la noche, ya que la luz del sol daña los órganos sensoriales de los *kheilwars*. Como hija de Kufbrug, tenía muchas probabilidades de ascender a la posición de matriarca de clan.

—¿Matriarca de clan? —preguntó Sebastin, confuso—. Pero…

En el otro extremo del Alto Abrevadero, Kufbrug había metido a Guth dentro del abrevadero con ella para un desordenado forcejeo, ante la alborotada aprobación de los demás invitados.

—La gente no cree que los gamorreanos sean dados a la depresión —dijo en voz baja—. Pero es bastante común, especialmente en el deshielo. Y la mayoría de la gente no cree que los gamorreanos sean capaces de amor apasionado; la clase de amor que casi no puede sobrevivir si el amado desaparece.

El rostro de Luke Skywalker regresó a su mente, y apartó la imagen a un lado, como se había obligado a aprender a hacerlo.

—Pero Gundruk lo sabía —continuó en voz baja—. Gundruk sabía que Kufbrug es depresiva, y Gundruk sabía que aunque casi con toda seguridad Vrokk mataría a Guth, había una posibilidad de que optase por cancelar el combate en el último minuto y simplemente permanecer en el hogar como verraco. Pero si Guth no tuviera opciones de supervivencia, si fuera acusado de asesinato, sería fácil hacer pasar por suicidio la subsiguiente muerte de Kufbrug. Y no estaría Vrokk para entorpecer el ascenso de Rog y Gundruk al poder de clan.

Abajo, en la parte principal del comedor, había estallado una batalla de comida entre los guardias de Lugh y varios de los yernos de Kufbrug. Gruñendo con deleite, los veteranos y los niños se unieron, y en cuestión de instantes todo el lugar fue una feliz y aullante pelea.

—Creo que es el momento de un paseo para bajar la cena —dijo Sebastin, esquivando medio brognig asado.

—Creo que tienes razón.

Jos, Sebastin y Callista se abrieron camino con cuidado por el borde exterior de la sala y subieron los escalones que conducían a la puerta entre un torbellino de puños, pan, cuerpos empujados y pringue lanzado por el aire. Desde la puerta, Callista volvió la vista para ver a Ugmush y su tripulación saltar alegremente al fragor de la lucha. Arriba, en el Alto Abrevadero, ajenos a todo ello, Kufbrug y Guth estaban enlazados en un poderoso abrazo.

Es bonito, pensó Callista, olvidar por un instante que eres *gweek*, que eres la madre fuente y origen de fortaleza. Encontrar a alguien que te ayude a pasar el deshielo. Alguien a quien amar.

Reconfortaba también darse cuenta de que aunque a veces el lado oscuro de la Fuerza parecía impregnar el propio tejido del universo, incluso entre sujetos tan poco atractivos como los porcinos gamorreanos podía encontrarse cariño, y amor, y luz.

Un proyectil de moho empapado de crema pasó a escasos centímetros de su cabeza y se espachurró en la pared. Untó el índice en él y lo probó. Estaba sorprendentemente bueno.